

WILKIE COLLINS

*La nueva Magdalena*

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA





# La nueva Magdalena

Grandes Clásicos

Wilkie Collins

# La nueva Magdalena

Traducción de J. M. Lacruz y A. Del Moral



Primera edición: septiembre de 2018

Título original: *The New Magdalen* (1873)

© de la traducción: J. M. Lacruz y A. Del Moral, 2018

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2018  
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

BIC: FC

ISBN: 978-84-94911-50-7  
Depósito Legal: M-28953-2018

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: detalle de *La fiancée hésitante*, Auguste Toulmouche, 1866

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# La nueva Magdalena



*A la memoria de Charles Allston Collins  
(9 de abril de 1873)*



# PRIMERA ESCENA

## Una casa en la frontera

### PREÁMBULO

*El lugar es Francia.*

*La estación es otoño, en 1870, el año de la guerra entre Francia y Alemania.*

*Los protagonistas son el capitán Arnault, del Ejército francés; el doctor Surville, del servicio médico francés; el doctor Wetzel, del Ejército alemán; Mercy Merrick, enfermera adjunta del servicio médico francés, y Grace Roseberry, una mujer que va de camino a Inglaterra.*



## Capítulo I

### LAS DOS MUJERES

**L**a noche era cerrada. Llovía a cántaros.

Hacia el final de la tarde, un destacamento francés y uno alemán se cruzaron cerca del pequeño pueblo de Lagrange, próximo a la frontera alemana. Los franceses (por una vez) derrotaron al enemigo en la batalla que siguió a dicho encuentro. Y, al menos durante un tiempo, cientos de invasores fueron devueltos a las fronteras. Fue un hecho baladí, ocurrido no mucho después de la gran victoria alemana de Weissenbourg, y los periódicos se hicieron poco o ningún eco del mismo.

El capitán Arnault, al mando de las tropas francesas, estaba sentado en la casa en la que vivía el molinero de la comarca. Leía, a la luz de una solitaria vela, algunos informes interceptados a los alemanes. Se había resignado a que el fuego de la chimenea abierta estuviera casi apagado, y las brasas rojas apenas iluminaban una

parte de la sala. Detrás de él, en el suelo, había algunos sacos vacíos, y, frente a él, en una esquina, se hallaba la sólida cama de nogal del molinero. En las paredes convivían en feliz armonía estampas de colores con motivos religiosos y domésticos. Una de las puertas principales que comunicaba con la cocina había sido arrancada de sus bisagras y utilizada para transportar desde el campo de batalla a los heridos en la escaramuza. Estos descansaban ahora cómodamente en la cocina, bajo el cuidado del doctor francés y de la enfermera inglesa del servicio médico. Un pedazo de gruesa lona hacía las veces de puerta, cubriendo la abertura entre las dos habitaciones. Una segunda puerta, que comunicaba el dormitorio con el patio, se encontraba cerrada; y el postigo de madera que protegía la única ventana de la habitación estaba cuidadosamente atrancado. Los centinelas, de dos en dos, se situaban en todos los puestos de vigilancia. El oficial francés no había descuidado ninguna precaución para asegurar, dentro de lo razonable, una noche tranquila y confortable para él y sus hombres.

Absorto todavía en la lectura concienzuda de los informes y tomando a veces notas de lo que leía con ayuda del material de escritura situado a su lado, el capitán Arnault se vio interrumpido por una repentina aparición. Se trataba del doctor Surville, que, viniendo de la cocina, apartó la cortina de lona y se acercó a la pequeña mesa redonda junto a la cual su superior estaba sentado.

—¿Qué sucede? —preguntó con brusquedad el capitán.

—Quisiera preguntarle si estaremos seguros aquí esta noche —dijo el doctor.

—¿Para qué quiere saberlo? —preguntó el capitán con recelo.

El médico señaló la cocina, ahora hospital dedicado enteramente a los heridos.

—Los pobres están preocupados por su futuro —respondió—. Temen ser sorprendidos y me preguntan si podrán dormir tranquilos. ¿Qué opina usted?

El capitán se encogió de hombros. El médico insistió.

—Usted debe saberlo... —dijo.

—Por ahora tenemos controlada la zona —replicó el capitán Arnault—. No puedo decirle más. Aquí están los informes del enemigo —mientras hablaba, sostenía los papeles en alto, agitándolos impacientemente—. No dan ninguna información fiable. Le puedo decir, eso sí, que la principal división alemana, superior a la nuestra en diez a uno, podría estar más cerca de esta casa que los franceses. Saque sus propias conclusiones. No tengo nada más que decir.

Tras la desalentadora respuesta, el capitán Arnault se levantó, se puso la capucha de su capote y encendió un cigarrillo con el candil.

—¿Dónde va usted? —preguntó el médico.

—Haré una visita a los puestos de guardia.

—¿Necesitará la habitación en las próximas horas?

—No. ¿Está pensando en trasladar aquí a alguno de sus heridos?

—Había pensado en la mujer inglesa —contestó el cirujano—. La cocina no es lugar para ella. Estaría más cómoda aquí; y la enfermera inglesa podría hacerle compañía.

El capitán Arnault sonrió de manera poco agradable.

—Dos magníficas mujeres —dijo—, y el médico Surville, un verdadero galán. Déjelas pasar, si es que son lo suficientemente imprudentes para creer que estarán tranquilas aquí con usted.

A punto de salir, se detuvo y miró desconfiado la vela encendida.

—Advierta a las mujeres —dijo— que solo pueden curiosear dentro de esta habitación.

—¿Qué quiere usted decir?

El dedo índice del capitán señaló con elocuencia la contraventana cerrada.

—¿Ha conocido alguna vez a una mujer que se resista a asomarse a una ventana? —preguntó—. Estando la habitación oscura, tarde o temprano estas damas de usted se verán tentadas a abrir la contraventana. Dígales que no quiero que la luz del candil delate mi cuartel general a los espías alemanes. ¿Qué tiempo hace? ¿Llueve todavía?

—A cántaros.

—Mucho mejor. Los alemanes no nos verán.

Tras este comentario de consuelo, el capitán abrió la puerta que conducía al patio y salió.

El médico levantó la cortina de lona y gritó en dirección a la cocina:

—Señorita Merrick, ¿tiene usted tiempo de tomarse un descanso?

—Todo el que quiera —contestó una voz suave, en la que se advertía con claridad cierta melancolía, totalmente distinguible a pesar de haber pronunciado solo cuatro palabras.

—Entre pues —continuó el médico—, y tráigase consigo a la dama inglesa. ¡Aquí tendrán un lugar tranquilo para las dos!

Sostuvo la cortina de lona, y las dos mujeres entraron.

La enfermera, alta, ágil y elegante, abría el paso ataviada con un impecable uniforme negro de cuello de lino puro y puños, con la cruz escarlata del Convenio de Ginebra en el hombro izquierdo. Su expresión, pálida y triste, y sus gestos reflejaban claramente sufrimiento y dolor reprimidos, y tenía una innata nobleza en el

porte, una grandeza natural en la mirada de sus grandes ojos grises y en las líneas de su rostro fino y proporcionado que la hacían irresistiblemente llamativa y bella bajo cualquier circunstancia y ataviada con cualquier prenda. Su compañera, de tez más oscura y de menor estatura, poseía atractivos suficientes para justificar la amable invitación de cobijarse en la habitación del capitán. La opinión general coincidiría en considerarla una mujer muy bella. Llevaba un manto gris que la cubría desde la cabeza hasta los pies con tal elegancia que trasladaba sus encantos a esa sencilla e incluso desastrada prenda de vestir. La languidez de sus movimientos y su vacilante voz al agradecer la invitación del médico indicaban que sufría de fatiga. Sus ojos negros buscaban tímidamente en la habitación en penumbra, y se agarraba fuertemente al brazo de la enfermera como si hubiese sufrido un ataque de nervios por una alarma reciente.

—Señoras, quiero que recuerden que no deben abrir la contraventana para que no se vea la luz —dijo el médico—. Por lo demás, podemos acomodarnos como queramos. Tranquilícese, querida señora, y confíe en la protección de un hombre francés a usted dedicado —añadió, subrayando galantemente sus últimas palabras a la vez que elevaba hasta sus labios la mano de la inglesa. Mientras la besaba, la cortina de lona fue de nuevo retirada a un lado y apareció una persona del servicio médico anunciando que uno de los heridos graves se desangraba porque se le había caído el vendaje. El médico soltó la mano de la encantadora inglesa, aceptando su destino con desgana, y regresó a sus obligaciones en la cocina. Las mujeres se quedaron solas en la habitación.

—¿Señora, quiere una silla? —preguntó la enfermera.

—No me llame señora —respondió cordialmente la joven—. Mi nombre es Grace Roseberry. ¿Cuál es el suyo?

La enfermera dudó.

—Uno menos bonito —dijo, y volvió a dudar—. Llámeme Mercy Merrick —añadió tras un momento de reflexión.

¿Sería un nombre falso? ¿Habría alguna circunstancia desdichada unida a su verdadero nombre? La señorita Roseberry no esperó a hacerse estas preguntas.

—¿Cómo puedo agradecer la bondad fraterna con la que ha tratado a una extraña como yo?! —exclamó, agradecida.

—Solo he cumplido con mi deber —dijo con un poco de frialdad Mercy Merrick—. No hablemos más de eso.

—Pero yo quiero hablar de eso. ¡Menuda situación en la que me encontró usted cuando los soldados franceses expulsaron a los alemanes! El carruaje en el que viajaba se paró; se adueñaron de los caballos, robaron mi dinero y mi equipaje y me vi de noche en un país extraño y empapada por la lluvia. Estoy en deuda con usted por haberme dado cobijo y prestado su ropa; sin usted hubiese muerto de miedo a la intemperie. ¿Qué puedo hacer por usted a cambio?

Mercy colocó una silla para su invitada cerca de la mesa del capitán, y ella misma tomó asiento, a cierta distancia, en un viejo arcón situado en una esquina de la habitación.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo abruptamente.

—¡Las que quiera! —exclamó Grace. Dirigió la mirada hacia el fuego que se consumía y a la figura apenas visible de su compañera, que se encontraba sentada en la esquina más oscura de la habitación—. Esa mísera vela apenas da luz —dijo con impaciencia—. No durará mucho. ¿Por qué no alegramos un poco el lugar? Salga de esa esquina. Pida más madera y más velas.

Mercy permaneció en su esquina y sacudió la cabeza.

—Las velas y la madera escasean —respondió—. Debemos ser pacientes, aunque nos quedemos a oscuras. Dígame —conti-

nuó, subiendo un poco el tono de su tranquila voz—, ¿cómo es que se ha arriesgado a cruzar la frontera en tiempo de guerra?

Grace bajó la voz al contestar la pregunta. De pronto la abandonó la alegría.

—Hay razones que me urgen a volver a Inglaterra —dijo.

—¿Sola? —contestó la otra—. ¿Sin nadie que la proteja?

Grace hundió la cabeza en su pecho.

—Dejé a mi único protector, mi padre, enterrado en el cementerio para ingleses de Roma —respondió con sencillez—. Mi madre murió hace años en Canadá.

Cuando la señorita Roseberry pronunció las últimas palabras, la sombría figura de la enfermera se sobresaltó y cambió repentinamente de posición en el arcón.

—¿Conoce Canadá? —preguntó Grace.

—Bastante —fue la breve respuesta, dada con recelo.

—¿Estuvo alguna vez cerca de Port Logan?

—Viví durante un tiempo a pocas millas de allí.

—¿Cuándo?

—Hace bastante. —Y, al decir esto, Mercy Merrick retrocedió de nuevo a la esquina y cambió de tema—. Su familia inglesa debe de estar muy preocupada por usted —dijo.

Grace suspiró.

—No tengo familia en Inglaterra. No puedo ni siquiera imaginar a una persona con menos amigo que yo. Cuando la salud de mi padre empeoró, siguiendo el consejo del médico nos fuimos de Canadá en busca del saludable clima italiano. Su muerte me ha dejado sola y pobre. —Hizo una pausa, sacó un estuche de cuero del bolsillo del manto gris y lo mostró—. Todo lo que me queda en la vida —prosiguió— está en este pequeño estuche. Se me ocurrió la idea de esconder este tesoro aquí cuando me robaron lo demás.

Debido a la profunda oscuridad de la noche, Mercy apenas podía ver el estuche que Grace sostenía en alto.

—¿Guarda ahí dinero? —preguntó.

—No; solo algunos papeles de familia y una carta de mi padre en la que me recomienda a una anciana en Inglaterra, pariente política suya y a la que nunca he visto. La señora ha aceptado contratarme como dama de compañía y lectora. Si no regreso pronto a Inglaterra, otra persona ocupará el puesto.

—¿No tiene más recursos?

—No. Mi educación ha sido descuidada, tuvimos una vida salvaje en el lejano Oeste. No estoy demasiado cualificada para ser gobernanta. Dependo por completo de que esta desconocida me reciba gracias a mi padre. —Volvió a poner el estuche en el bolsillo de su manto y terminó su pequeño relato con tan poca afectación como lo había comenzado—. Una historia triste, ¿verdad? —dijo.

La enfermera contestó de pronto, con extrañeza y acritud:

—Hay historias más tristes que la suya. Hay miles de mujeres miserables que se cambiarían sin dudar por usted.

Grace se sobresaltó.

—¿Qué puede envidiarme nadie?

—Su carácter indómito y un futuro honroso en una casa respetable.

Grace se dio la vuelta y miró curiosa hacia la oscura esquina de la habitación.

—¡Es extraño que diga eso! —exclamó. No hubo respuesta; la oscura figura de la cómoda no se movió. Grace se levantó impulsivamente, dejando la silla a un lado, y se acercó a la enfermera—. ¿Ha tenido algún romance en su vida por el que se haya sacrificado tanto como para acabar realizando las tremendas labores que hace aquí? Me provoca un enorme interés. Deme la mano.

Mercy retrocedió y rechazó la mano que se le ofrecía.

—¿Acaso no somos amigas? —preguntó Grace, sorprendida.

—No podremos serlo nunca.

—¿Por qué no?

La enfermera permaneció muda. Grace recordó que había dudado al darle su nombre, y sacó nuevas conclusiones.

—¿Acierto si presumo que es usted una gran dama disfrazada? —preguntó con impaciencia.

Mercy rio bajo y con amargura, como para sus adentros.

—¡Yo una gran señora! —dijo, despectivamente—. ¡Por amor de Dios, hablemos de otra cosa!

La curiosidad de Grace era muy grande. Insistió:

—Por última vez —susurró persuasivamente—, seamos amigas.

Mientras hablaba, puso con delicadeza la mano en el hombro de Mercy. Esta la retiró bruscamente. La rudeza del acto hubiese podido ofender a la mujer más paciente. Grace se echó hacia atrás indignada.

—¡Oh! —exclamó—. Es usted cruel.

—Soy buena —contestó la enfermera con más severidad que nunca.

—¿Es bueno mantenerme a distancia? Le he contado mi historia.

La enfermera subió nerviosamente el tono de voz.

—No me obligue a hablar —dijo—, se arrepentiría.

Grace no aceptó la advertencia.

—He confiado en usted —continuó—. Es egoísta por su parte haberme obligado a confiarle mi historia y que usted no me confíe la suya.

—¿Es eso lo que quiere? —dijo Mercy Merrick—. Lo tendrá. Vuelva a sentarse.

El corazón de Grace empezó a latir con rapidez ante lo que se avecinaba. Acercó su silla al arcón sobre el que estaba sentada la enfermera. Con mano firme Mercy alejó la silla de ella.

—No tan cerca —dijo con dureza.

—¿Por qué no?

—No tan cerca —repitió—. Espere a oír lo que tengo que decirle.

Grace obedeció sin decir palabra. Hubo un momento de silencio. Un débil destello de la vela que expiraba mostró a Mercy agachada en el arcón, con los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta entre las manos. Enseguida la habitación quedó completamente a oscuras. En ese momento empezó la enfermera a hablar.